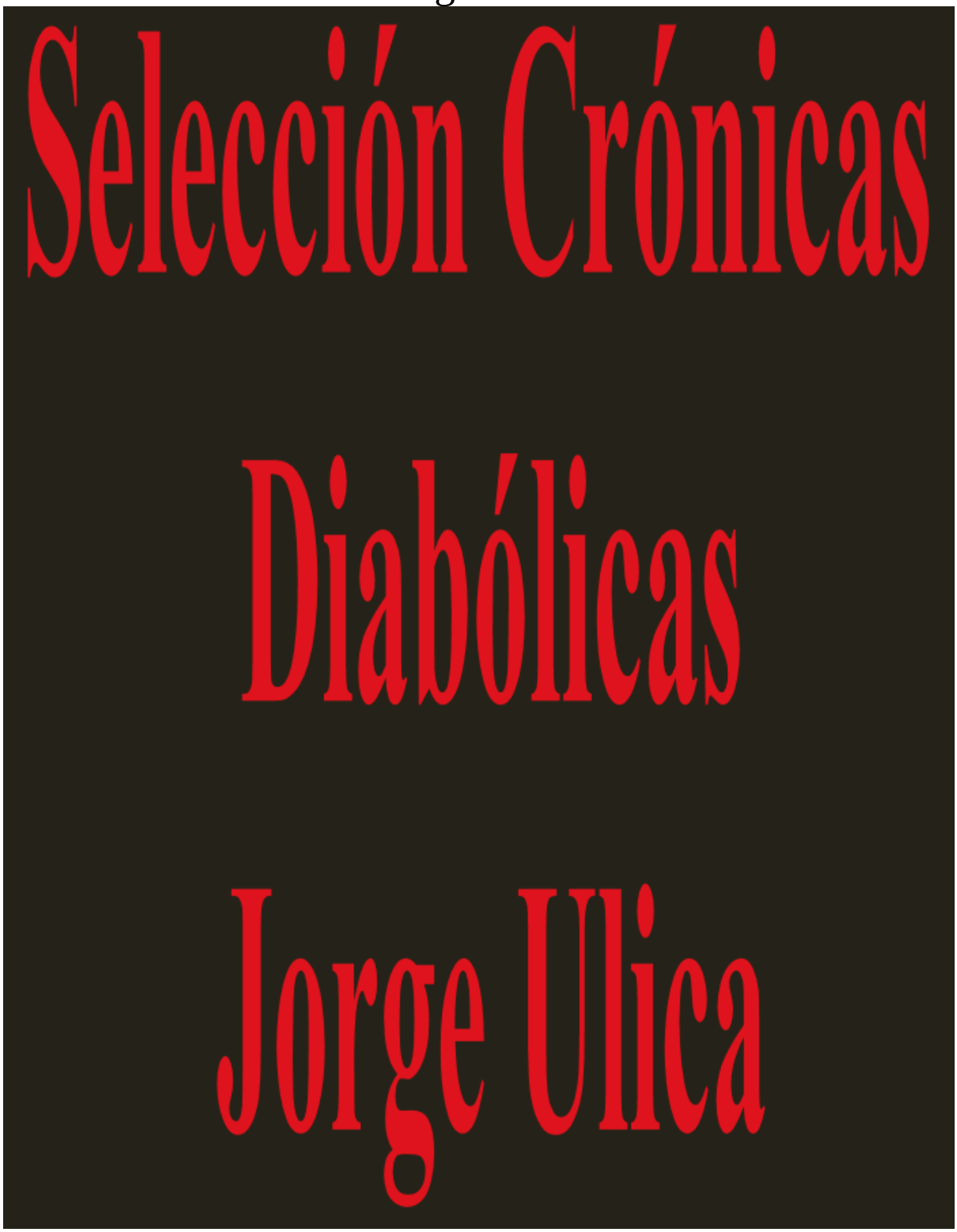
Selección Crónicas Diabólicas
Jorge Ulica



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

La fiebre del automóvil

¡1.000.000! ¡Un millón! Sí señor, un millón de automóviles van o vienen ya por esas calles y por esos caminos, despachurrando gentes y haciendo otras averías de menor monta. Así lo dice la Comisión de Tráfico del Estado de California con una alegría inconmensurable...

De allí resulta que sólo unos cuantos desaforados no poseen su «carro». Lo tiene el albañil que resana los techos para evitar las goteras; el remendón que plancha limpia y tiñe los trajes viejos; el plomero que compone las llaves del agua; el criado que lava los platos en los hoteles; el gendarme de la esquina, que llega a su puesto en su propio auto y lo mantiene en las cercanías hasta que termina su turno; el encendedor de los faroles del alumbrado... ¡En fin, el mundo entero!

Tal cosa me llena de envidia, de una envidia incontrolable que me hace morderme los dedos, estirarme el pelo hasta exponerme a la calvicie y sufrir unos terribles dolores de estómago. ¡Y si eso fuera todo! Pero es el caso que individuo sin automóvil es, en los tiempos que corren, un sujeto despreciable. Lo primero que preguntan las mujeres al hombre en estado de merecer miradas y sonrisas, es por la marca de su «máquina»; los hombres de negocios no atienden sino a quien va a verlos «tripulando» automóvil, y hasta para conseguir empleo es necesario adquirir antes un fotingo medianamente presentable.

Por eso mil veces pensé en hacerme de un carricoche de los que se venden casi de desecho, en los almacenes de barrio; pero el horroroso problema de la manutención del vehículo -garaje, gasolina, reparaciones y extras- suspendía mis impulsos adquisitivos. Y en esa situación se vino la gira anual automovilística de los periodistas de pro.

La disyuntiva, para mí, no podía ser más terrible: o me hacía de automóvil para ir al paseo o no se me consideraba «plumario» de altos vuelos. Celoso, como soy de la buena reputación periodística, opté por adquirir un carro.

Así lo hice. Supe que la Coast Auto-Fire Co. estaba vendiendo automóviles baratísimos, de segunda mano y reparados secundum arte, y fui directamente con el manager de la empresa. Este me demostró en un dos por tres y por ce más de cuadrada, que no había carros en el mundo como los que allí remendaban.

«¿De qué marca son?», interrogué.

«De una marca mixta de adaptación. Son tan sencillos como los Ford; tan correlones como los Buick; tan económicos como los Chandler; de tan elegante aspecto como los Packard, y tan silenciosos como los Noiseless. Compramos carros destrozados, cualquiera que sea su marca, a precios risibles, separamos las piezas buenas y, combinando las de unos con las de otros, hemos resuelto el problema de la modicidad de precios anudado al de la eficiencia».

Por 398.50 naturalmente, en abonos corvísimos, adquirí uno de esos primores.

***

El día señalado para la excursión periodística ocupé el auto con dos de mis amados compañeros de labores, y nos fuimos a la caravana, dirigiéndonos hacia cercanas playas, en donde debía establecerse el campamento.

Doce millas antes de arribar al término del viaje mi auto se puso tan caliente, que era imposible estar en él. Por un exceso de amor propio, soportamos dos millas más de camino, hasta que mis compañeros y yo empezamos a despedir olor a carne asada. Nos bajamos, con el pretexto de que deseábamos ver los primores de los campos esmeraldinos y aspirar las brisas marinas, suplicando a otro excursionista que llevase a remolque nuestro auto.

Por fin, acampamos. Mi coche continuó en movimiento. Su motor estaba bronco y no había quién pudiera detenerlo. Siguió calentándose hasta el rojo blanco y ni los chauffeurs más peritos pudieron encontrar el origen del mal.

Llegó la noche sombría y cada mochuelo fue a su olivo. Casi no dormí, pensando en lo difícil que iba a ser nuestro regreso, con el automóvil convertido en una estufa en ignición y con nosotros sin recursos pecuniarios.

A eso de media noche, percibí clamores de adoloridos gritos de angustia, resoplidos de monstruo fatigado, llantos mal contenidos, rugir de fieras hambrientas... Era mi automóvil, que hacía todo género de ruidos y que despertó a la caravana entera.

Desvelados, de mal talante, los periodistas hicieron que mi coche fuera retirado cinco millas del campamento, volviendo de esta manera, la tranquilidad y el silencio.

Poco después de que la aurora asomó en el Oriente prendiendo el espacio sus tintas multicoloras, etc., etc., sentimos algo como ruidos subterráneos, tembló la tierra y en las lejanías, hacia el Sur, se levantó una enorme columna de fuego. ¿Un atentado dinamitero en gran escala? ¡No! Era mi automóvil, que no pudiendo soportar el movimiento continuo y el calor excesivo, estalló en treinta mil pedazos.

***

¡Qué vergüenza la que tuve que sufrir! El acontecimiento fue comentado en la siguiente forma, por mis fraternales compañeros de prensa:

«Es el resultado de admitir en nuestro seno sabandijas de pocos medios» -Daily Telegraph.

«Este chasco nos enseñará a ser más cautos en lo futuro y a no invitar a periodistas que usen cheap cars». -International Democrat.

«Desde que vimos el carroche comprendimos que era un amago a la colectividad». -Sport Repository.

«Debe ser procesado por ignorante el escritorcillo que tal vehículo usa» -Midnight Sun.

«Sentimos que no se hayan quemado sus formidables sentaderas» -Humanirist Recorder.

«No encontramos palabras bastante enérgicas para aplicar a quien nos expuso a una catástrofe». -Knighthood and Courtessy.

«Que se vaya al infierno el periodista que ha tenido la osadía de intercalar su carro sucio entre los sanos y decentes carros nuestros. ¡Al infierno!» -Educational Review.

Y tras de saborear tan bellas frases, tengo malas nuevas. La compañía aseguradora de mi carro no lo pagará sino hasta que aparezcan las piezas todas del automóvil, una agencia detectivesca anda investigando si la explosión fue casual o si tengo yo instintos bolshiviques y destructores del género humano. ¡Dios me saque con bien!

¿Do you speak pocho?...

El pocho se está extendiendo de una manera alarmante. Me refiero al dialecto que hablan muchos de los «spanish» que vienen a California y que es un revoltijo, cada día más enredado, de palabras españolas, vocablos ingleses, expresiones populares y terrible slang.

De seguir las cosas así, va a ser necesario fundar una Academia y publicar un diccionario español-pocho, a fin de entendernos con los nuestros. Hasta las fieles y dulces esposas, si están de malas, dicen a sus maridos, hechas un veneno, cuando quieren arrojarlos noramala:

«Vete, inmediatamente, go ráut».

Y luego, muy satisfechas, cuentan a sus amigas:

«Le di leirof a Justiniano porque no «quiere salir de los dances». Se ha hecho muy «exclusivo» y voy a darle también su divorcio. El Juez es muy mío y lo obligaré a que me pague un buen alimoni. Para que se le quite lo rug.

Eso, que entre pochos lo entiende cualquiera, necesita intérprete tratándose de otro género de ciudadanos.

***

Entre las personas que me honran con su amistad hay una, doña Eulalia, viuda de Pellejón, que en unos cuantos meses de haberse venido de México habla perfectamente el pocho y se ha asimilado más palabras del habla californiana que las que conocía del dulce, hermoso y melifluo parlar de Cervantes.

He recibido una carta suya, cuyo texto copio para regocijo y satisfacción de los lingüistas afectos a estudiar los idiomas raros:

Sr. D. Jorge Ulica,

City

Caballero:

Fui hoy al postofis a comprar unas estampas y tuve chanza de recibir una carta de una hija mía casada que tengo en Pisacpochán, de donde soy «nativa». Me ha dado mucha irritación saber que el tícher de inglés de mis nietos es enteramente crezi, pues no entiende ni una palabra de lo que yo escribo en english. Figúrese que envié a mi hija lob y quises, así muy clarito, y el condenado tícher dijo que no sabía qué era eso, cuando le enseñaron la carta. Ya les reporté que estaban pagando el money por nada y hasta quise ponerles un Guairelés para

evitar que les estén quitando peso y medio por hafanáur de clase; pero no traía ni «un cinco» en la bolsa. ¡No saber que lob y quises es amor y besos!

Eso no importa. Lo que yo quiero es que usted me diga qué puedo hacer con la lanled del bordo donde vivo, que después de rentarme un jausquipinrrun, no quiere ni que caliente guora porque dice que le esmoqueo la parlor. Ayer, a la hora del bricfast, iba a guisar jamanegs, y se levantó de la cama furiosa, en blummers y bibidí, amenazándome con llamar por el telefón al patrol para que me llevaran a la yeil. Yo quise decirle nada a mi compadre Goyo cuando volvió de la canería en donde es boss, para no levantar el infierno, pero si estas cosas no vienen a un stop, va a haber jel. No puedo seguir comiendo únicamente jatdogs cofi an donas y asicrim a riesgo de coger una maladia. A veces tengo que ir, casi en ayunas, al otro lado de la bahía y si no fuera porque en donde Don Taun tomo unos sandwiches, de bicon y otros de chis me moriría.

Quiero, por eso, que venga a verme. Arreglaremos ese bisnes y el de la aplicación que tengo que hacer para que agarren a mi compadre los hombres colorados que les dicen redmen porque dan muchos beneficios y ahora tienen abierto los libros por un mes. Allí no hay vaporinos ni rugnecs. Si quiere le mandaré mi aromovil. No será un coche jaitono pero sí una machina fuerte para cualquier raid. Si viene, le prometo llevarlo después a las muvis, no a los niquelorios ni a los de a daim, sino a los de don Taun, a alguna picchur de las de que hablan mucho en los papeles. Le enseñaré después mi redio para que oiga tocar ese fox tan bonito que se llama de la reina llora, a los musicianos de la yasband que toca en el lobi del palas. Es muy quint. Al fin de la pieza, todos ellos cantan reina mora, reina mora.

Lob and quises for yu olso.

Eulalia, viuda de Pellejón

***

Fui a sacar de apuros a doña Eulalia como Dios me dio a entender. Todo se arregló, lo mismo con la casera que con la sociedad a que don Goyo debe pertenecer. Hubo raid y cuanto ella ofreció. En cuanto a lo de la Reina Mora, de que me hablaba la buena mujer, resultó con que tal cadencia es la que esta ahora en boga, que anda de boca en boca y que termina así:

«¡Oh! It ain't goin' to rain no more, no no...!»

Eso, en pocho, es la reina mora...

La señora Pellejón me ha enviado esta otra misiva:

«Le mando ésta por especial de liver. Quiero reportarle que voy a cambiar mi second name que no suena very güel por su translécion en inglis. En vez de Pellejón voy a nominarme Skinejón que es casi di seime. Así, mi difunto, a quien Dios tenga en el jeven cogerá truble ni se pondrá jelous».

Eulalia Skinejón.

Como lo iba diciendo, el pocho avanza a pasos agigantados. Y una de dos: o se escribe un extenso vocabulario de pocherías por connotados académicos de esa lengua, o se abre una academia de idioma pocho para los profanos.

Seré uno de los alumnos más aplicados. Y en seguida irá mi aplicación.

Los «parladores» de «spanish»

Con motivo de tantas y tan anunciadas «academias», «clases» e institutos donde se enseña el spanish nos han salido más parladores de la lengua cervantina que pulgas hay en los cinematógrafos first class. Es un spanish sui generis aprendido al vapor, en veinte clases por tres pesos, y perfeccionado en el fonógrafo, oyendo a Abrego y Picazo y a otros «clásicos» como esos.

Cuando uno oye hablar a los genios graduados en cualquiera Universidad barata, se duele de todo corazón de no ser el jefe de un automóvil «gendarmeril» para cargar con maestros y discípulos a una estación de policía y para hacer que se les impusiera a maestros y alumnos a aquéllos por sinvergüenzas y a estos por melolengos, treinta días de arresto.

Los parladores de spanish se sienten orgullosos con mostrar unos papelotes descomunales, exornados con sellos en oro y rojo, en los que consta que han concluido brillantemente el curso de español, que lo poseen, más o menos, como Castelar, y que son capaces de traducir al habla castellana hasta los pensamientos inexpresados de Roosevelt.

Y cada discípulo, cada graduado de esos es una amenaza para cualquiera que de veras parla la lengua de Núñez de Arce, sujeto con quien no me ligan ningún lazo de parentesco, lo cual hago constar para que no se crea que lo cito por ser de la familia y que soy de los que presumen de «grandes» y de que le hablan de tú a Calvin, al Kromprinz y a Poncho XIII.

Por qué esos «graduados» son una amenaza y una verdadera calamidad, lo verá en seguida el público lector.

***

A uno de los establecimientos de mayores vuelos y de más campanillas de los que hay en esta ciudad de San Francisco se presentan unas lindas pollas «de la taza» en busca de zapatos.

Las ve venir un dependiente entradito en años, aunque solterón, y se dispara hacia ellas cono una flecha.

«¿Qué desean ustedes?» les pregunta en el idioma de Shakespeare.

«Shoes...».

«All right!».

El dependiente trae los zapatos, las pollas, que no hablan mucho inglés, y el dependiente, que no conoce nada de español, acaban por no entenderse, y entonces se recurre al intérprete, un diplomado de la academia «Early» que hizo un brillantísimo curso de español en siete semanas.

El almacén se pone en movimiento para hacer venir a Corncutter, el perito en lengua castellana... Mr. Corncutter por aquí, Mr. Corncutter por allá y Mr. Corncutter hace su entrada triunfal, entre la admiración del personal de los mostradores.

«Spanish people», le dicen.

Y él, con aire de conquistador, responde.

«All right». En seguida, empieza su conversación.

«Mí poinsa ostedes querrido sapetas...».

Las pollas se ven y se ponen coloradas.

«Zapatos, señor».

«Mi dice eso también, sapetos».

«Sí, del número 4».

«Eso no posiblemente. Muy puquito número... Estire tú sus patas».

Algo amoscada, nuestra paisanita enseñó el brevísimo pie de cuyo tamaño diminuto quedó asombrado el mister.

«No teniendo oste 'eradura».

«¿Cómo herraduras? Si no soy caballo...».

«Oh, mí quiere decir mistake. Tú teniendo patas chicas, envolvidas con mocha carne cono los porcos gordos, bonitos...».

«¡Grosero», dijo la aludida.

«Remeco», exclamó la que la acompañaba.

Y ambas salieron del almacén, dejando azorados al «graduado» y a sus compañeros de oficina.

Alguno de estos graduados tuvo novia mexicana para ejercitarse en el spanish y como quería menudar mucho los besos a fin de beber el idioma a flor de labio, la chica se fastidió y lo mandó no amarla.

El doncel le envió esta misiva, que previamente corrigió el profesor del curso de español de la Universidad «Alpina»:

«Novilla querrida.

Tu diciéndome no más tiempo ni novilla porque puse un beso caliente en el piscueso tuyo y puse otro beso misma clase en la boca colorada. Por eso cuento, diciéndome go out en los calabazos que posiste a mi corrazoncito.

Mi piensa tu ma'mas todavía y querriendo tú lo gias prontamente. Ma'mas o no ma'mas? Si amando a mí acabó, good bye, adió... Never again... y si queriéndome mucho, yo siendo tuyo hasta que los dos estando muy bien morridos.

Edgar».

Otro portento de perica en spanish académico graduado, escribió lo siguiente, que me ha dejado asustado.

Please traducir la letter joint, al spanish. Está en «mexicano» yo pienso, porque no posible entenderla. Sólo algunas palabras comprende bien.

Y la carta está escrita en correcto y buen español...

Todavía con lo del censo

Estoy en entredicho. Es decir, la policía me tiene en salsa por «usurpación de funciones, suplantación de nombres y sanabagán», cargo, éste último, que equivale al de hijo de la China Hilaria del spanish vocabulario.

¡Y todo por servir a los amigos! Uno de ellos se hallaba en un estado angustioso de brujez internacional. Había ido con todos los cónsules de habla española, machete en mano, y aunque se le acabaron pesos, soles, bolívares, perras chicas, etc.

En tan triste situación se metió a empleado del Censo, con sueldo de a cuatro centavos por cada nombre que inscribiera en sus listas, y fue entonces cuando, ignorante de esos chismes estadísticos, vino a pedirme auxilio, que yo le di completo, sobre todo cuando me dijo que íbamos fifty-fifty, o séase, «mitá y mitá».

***

Nos tocó empadronar el barrio más peligroso: el latino. Primero arribamos a una casa de bonita apariencia, rodeada de macetas con flores, de enredaderas y de plantas trepadoras, y al llamar a la puerta, salió a abrirnos una gallega gorda y con bigotes, que al vernos nos dirigió una mirada tigruna y nos dijo:

«¡No fabrico vino!... Fuera de aquí!».

«Señora, somos los del censo».

«No compro encenso. No compro nada».

«Venimos a empadronarla...»

«¿A qué? ¿A apadrinarme? Sepan que a mí nadie me apadrina sin permiso de mi marido. Y se me van largando».

Nos dio con la puerta en las narices.

***

En la casa inmediata, salió una chiquilla a ver qué se nos ofrecía y al mirar que íbamos con libros y con papeles, gritó con voz destemplada:

«¡Mamá, son los del seguro!».

Como impelida por un huracán se dejó venir una matrona mostrándonos los puños:

«¿Cuantas veces voy a pagarles, pues? Ya estuvo ayer aquí el otro «arrastrao» de la melena y se llevó mis centavos...».

«Es que, señora, no venimos a cobrarle. Somos los del Censo, que queremos anotar su nombre y el de su familia».

«Y ¿para qué?».

«'Para saber cuántos somos en San Francisco».

«¿Cuántos somos? ¿Y a mí qué me «viene» de todo eso?

«Usted debe ayudar, sería muy mal hecho que usted no prestase su concurso a esa obra...».

«Bueno, ultimadamente me regaña ¿o qué?».

«Nada, le aconsejo...».

«Pues vaya a aconsejar a su mamá, ¿no?».

Otro puertazo y ni un nombre en las listas.

***

Seguimos nuestro camino. Mi compañero, mudo y taciturno.

Yo, locuaz y decidido. Dibujé en mi faz la más amable de mis sonrisas y llamé a otra puerta.

Vino un italiano fornido y feroz y nos dijo:

«¿Qué quieren?»

«Venimos a empadronar a usted».

«¿A empadronarme? ¿Y quién les manda?».

«El Gobierno».

«Pues, empadrónenme... ¿Para dónde me volteo?».

«Así está usted bien, de frente».

«All right».

«¿Cómo se llama usted?».

«Giovanni Micci».

«¿Qué edad?».

«Cuarenta y un años».

«¿En qué trabaja?».

«En la pesca».

«¿Es casado?».

«Eso es mucho preguntar. A mí, pregúntenme lo que quiera; pero con mi familia, poco y bueno».

«Es que...».

«No quiero».

«Lo obligaremos».

Los sucesos se desarrollaron rápidamente. Hubo dos bofetones, uno de los cuales le tocó a mi compañero. El otro, debe haberme tocado a mí, porque el occipucio me dolía horriblemente.

***

A otro hogar.

Allí las cosas iban a pedir de boca. Una jamona de no muy malos bigotes, mexicana, oriunda del Bajío, nos recibió amablemente, y convencida por nuestras palabras de la gran importancia del censo contestó cuanto le preguntamos hasta que surgió un conflicto inesperado. Ella dijo que tenía diecinueve años, y al empadronar a su hija nos salió con que había nacido «cuando el fuego».

«Señora, eso no es posible», la dije. «La niña la habría nacido cuando usted tenía cinco años».

«Pues entonces nació».

«La tuvo usted a los 5 años».

«La tuve cuando me dio mi real gana, desgraciado, averigua vidas ajenas, soplón, perro, víbora, chucho...».

«Señora, no es para tanto».

«¡No! ¿Quiere ahora sacarme más vieja de lo que soy?».

«No, señora, ni más ni menos. Tal vez la chiquitina no será hija suya...».

«Entonces, ¿quién la echó al mundo? ¿Usted?».

«No, señora, ¡yo no!».

La jamona se metió echando peste, y yo me quedé anonadado ante las cosas que me decía y que no había oído desde que vivía en los patrios lares.

Habían pasado dos horas y sólo dos nombres, con los datos incompletos, estaban inscritos en la lista; era mucho trabajar por sólo ocho centavos.

Intenté el último recurso, y fuimos a una casa en la que una linda polla, amable y decidida, nos recibió afectuosamente. Nos dio nombres y datos con toda amabilidad, y según los apuntes que hicimos, ella era la hija mayor de un matrimonio en el cual había dieciséis vástagos, todos los anotamos, y, para concluir, le pregunté:

«¿Ya no hay más gente aquí?».

«No, señor; ahorita no, pero en dos o tres días...».

«¿Viene de fuera?».

«No, de fuera no. De...». (La muchacha se puso colorada.)

«Explíquese usted».

«Mamá espera dos bebitos».

«¿Dos nada más?».

«Cuando está muy gordita, como ahora, siempre son dos...».

«Pues a apuntarlos...».

Y los apunté...

***

Con todo eso, la lista era muy pobre, pero acordándome de los «recursos» del sufragio efectivo, compré el calendario del más antiguo Galván, fui recorriendo los nombres de los santos desde Aarón hasta Zofronías, y a cada uno le puse un montón de Rodríguez, Pérez, Cacegueguas, Johnsons, López, Harryes, Palatas, Pardos, etcétera. Total 2348 nombres.

Pero es el caso que hoy el Inspector, con notoria injusticia, desconoce mi labor, diciendo que a mí nadie me dio vela en el entierro censorino, y que no existen en la faz de la tierra los Pérez y Cía que yo anoté...

Por eso me he escondido mientras se arregla el censo por la vía diplomática, sin lugar a trancazos internacionales...

Entre más se vive más se aprende

Derrotas sufridas últimamente ante los tribunales, en defensa de mis corraciales o corraceños, me han hecho comprender que aunque me sobra buena voluntad para sacar de la cárcel a todos los spanish que han caído en tan feo lugar por su culpa, por su sola culpa, por su gravísima culpa, no las tengo todas conmigo.

Las «leyes adjetivas», que dirían los curieles, se me han vuelto «verbales por pasiva» y cada día las entiendo menos. Sirva esto en descargo de mi conciencia y como advertencia al público en general y a mis amitos en particular de que si me nombra defensor de algún empecatado compatriota y éste no sale libre de culpa y pena, no soy el responsable. O las leyes están muy confusas o mis entendederas son muy cortas.

***

Los inspectores prohibicionistas hicieron un raid como aquí se dice, o «echaron rialada» como allende El Bravo se expresa, en una de las playas del puerto, y como resultado de tan interesante operación, cayeron a la trampa una veintena de individuos que, armados de ánforas, frascos y botellas, todas con caldos «intoxicantes» habían ido a disfrutar de los encantos del océano, de las frescuras de la brisa, del murmurio, del oleaje y de los efectos del aguardiente. Todos estaban contentísimos, alegres como un foxtrot de jaza band y decidores y bravos. En la cárcel, después, se pusieron mustios y tristes.

Uno de los presos de aturdimientos alcohólicos nombrome su abogado. El día de la audiencia los defensores de otros de los bebedores que me precedieron en el uso de la palabra, demostraron, por ce más ce que sus clientes eran enfermos y no criminales; que según modernas teorías, indiscutiblemente maravillosas, los afectosos al «whiskey» solían tener abscesos en la parte más delicada del cerebro, por allá cerca, del septum lucidum o tabique transparente; que esa era la causa de su amor al vino, y que sería una crueldad castigar a quien no era culpable de que le salieran, espontáneamente, chichones de los «chiluca» adentro.

Por allí me fue también en mi luminosa perorata, más luminosa aún por tratarse del tabique transparente, y la Corte, aceptando en todo las teorías de la defensa, ordenó que se radiografiara el cerebro de los acusados, procediéndose a privar de abscesos cerebrales todos los que tuvieran para quitarles el feo y bochornoso vicio de la embriaguez.

Estuvimos tan de malas, que de los veinte enfermos de alcoholismo solo un chino y mi defenso resultaron abscesados. El chino era riquísimo de la poderosa casa de los Fre-gon-sones, y, previo pago de una multa, se fue a operar a la Gran China. Mi cliente, más pobre que un franciscano, se sujetó al tratamiento y murió heroicamente en el patíbulo, o sea, en la mesa de operaciones.

Otro fiasco:

Me tocó defender a dos paisanos que, en momentos de incontenible cólera, habían reñido con otros dos sujetos, a los cuales les causaron daño. Uno de los contrincantes de mis defensores perdió el ojo y el otro también, pero un ojo era de vidrio y el otro era ojo perfectamente natural y legítimo.

Me esforcé en salvar al reo que había dejado tuerto a un semejante, pues juzgaba yo que eso era muy grave ante la ley, ante la justicia y ante la Humanidad, y pedí sólo dos años de cárcel para el infeliz. Del paisano que echó fuera a su rival el ojo de vidrio, me concreté a

decir que lamentaba el caso y que estaba dispuesto a que, por cuenta de mi cliente, se proveyera de un buen ojo artificial al lesionado.

La sentencia, larga y llena, de citas y doctrinas, me dejó anonado. Al rijoso que hizo tuerto a su contrincante, se le absolvió, fundándose el Juez en que se trataba de una lucha en igualdad de condiciones en que quien da está expuesto a recibir. En cambio, el pobre que echó fuera el ojo de cristal de su contrario, sin dejar huella dolorosa, fue condenado a sufrir de uno a cincuenta años de prisión, a pagar el ojo que se rompió al caer, los gastos del juicio y una enorme multa, porque allí no se trataba de una simple riña, sino de destrucción fatal de la propiedad ajena.

«Honorabilísimo señor juez», dije al de la causa, «¿cómo es posible que haya menos delito en echar fuera un ojo bueno que uno artificial?».

«Usted ignora las leyes del país. La propiedad es ante todo. Con los ojos naturales se nace, no cuestan nada, son partes íntegras del individuo; los artificiales han sido objeto de una inversión, y toda inversión honrada y lícita debe ser protegida. Sobre esto, ya se ha hecho jurisprudencia. Usted puede destrozar, en riña, todos los dientes naturales de un rival. ¡Ay de usted si le rompe un solo diente postizo!».

El paisano sentenciado, al oír aquello, me dijo con gran indignación:

«Como cumpla mi condena, le saco los dos ojos. ¡Al fin los tiene naturales!».

Por fortuna, dentro de cincuenta años, ¿qué ojos voy a tener?

***

«Quiero que le vea las piernas a "la Panchita"» me dijo una señora recién llevada de Pungabarato, México.

«¿Y para qué quiere Ud. que se las vea?», respondía. «Para que acuse usted a Pepe, su novio, uno a quien le dicen el Zorillos, de los pellizcotes que la dio en el Cliff House, bañándose los dos».

Fui con Panchita a verla las piernas, y las tenía muy gordas y muy pellizcadas. Incontenenti, entablé demanda por aquel terrible abuso. El Juez desechó de plano la querella.

«Si el Zorrillo», indicó, «hubiera hecho el pellizcamiento de piernas en un cine, lo secaban en la mazmorra, porque hubiera tenido que maltratar las medias de Miss Panchita para hacer eso; pero si me pongo a castigar a los novios que se pellizcan en las playas a la hora del bateo, no vamos a tener donde meter a todos. La pierna se remienda sola y sola se desinfla».

Me retiro convencido, una vez más, de que no sirvo para abobado o de que las leyes y los jeroglíficos fenicios corren parejas.

La suegra del radio

Doña Tula Cervantes, que se dice heredera en línea recta del Manco de Irapuato, es una mujer llena de ciencia barata, de la que se adquiere leyendo periódicos y revistas. Ha tomado

tal apego por el «radio», o sea, la telefonía inalámbrica, que se pasa las horas enteras oyendo las estaciones K., las F. F. y otras muy lejanas. Asegura haber oído, en su «Werystal radio», las danzas de los habitantes de Corfú y los rugidos de las fieras que ambundan por las selvas africanas.

Hace días, o mejor dicho algunas noches, ya cuando estuvo a punto de coger una estación de los Balcanes, oyó el rumor de un beso en la sala inmediata. Furiosa, se levantó al instante, encontrando a su hija única recibiendo los ósculos ardientes del novio, un dependiente de importantísima casa de empeño. Se lanzó sobre el infeliz y le dio tal golpe que el pobre chico mostraba, más tarde, los músculos que rodean al ojo de un color cerúleo tirando a negro.

«Pero, maná», exclamó acongojada y llorosa la chica, «no es ésta la primera vez que oye a Ubaldo que me besa, usted misma me ha contado que papito, un año antes de casarse con usted, se la comía a besos».

«A mí no me importa que se besuqueen..., ¡allá ustedes! Con su pan se lo coman; pero siempre que con sus ruidos inoportunos me "espanten" a las estaciones de ultramar, le he de poner verde la cara a este "hombre necio e inconsiderado". Si han de seguir besándose, váyanse a la cocina».

Los novios se fueron a la cocina y Doña Tula pudo coger la estación de Montenegro, según ella dijo.

Con la situación así, pronto tenía que marchar al ara los chicos enamorados. El matrimonio era inevitable e ineludible, y Doña Tula acordó que efectuare de una manera original y científica conforme a los adelantos de la ciencia. «Se van a casar ustedes por radio», dijo a los novios. «Será un, acontecimiento de sensación mundial. Usted, Ubaldo, se ubicará en la estación P. L. S., de Lowmont; mi hija, en Blackwood, en la estación K. C. C.; el sacerdote que los bendiga en Dryvalley, estación. S. T., y yo, con los invitados, padrinos y testigos en la ciudad, en la estación T. K. C. Será una cosa maravillosa... Los periódicos van a hablar del asunto por un mes, en sus notas de sociedad».

El novio puso algunos reparos a un casamiento tan extraordinario, pero Doña Tula tornose amenazante y llegó a ponerle las manos a su yerno futuro a sólo cuatro pulgadas y media de la faz. Se acordó que todo se haría de conformidad con lar normas y deseos de la buena señora.

***

Llegado el día de la boda, cada cual fue a tomar sus posiciones de combate matrimonial. Fijose como hora de la ceremonia nupcial las siete de la noche. Doña Tula, acompañada de numerosas personas, esperaba en su puesto que la voz arcangélica de su hija y la tímida de su yerno, vinieran a través de los buenos vientos dejando oír el anhelado «sí».

Se escuchó la voz del ministro, que preguntaba clara y solemne:

«¿Quiere usted por esposo y marido a don Ubaldo Terpna, señorita Perla Pérez...?».

Silencio sepulcral.

La pregunta fue repetida tres y cuatro veces, con el mismo resultado.

Momentos después hablaba la estación P. L. S. Dijo así:

«Estación P. L. S. Lowmont, Cafornia. Esta estación ligada con The Daily Trouble, el periódico más importante de la región, tiene la pena de manifestar que el anunciado matrimonio por radio no se efectuará. Estando el novio en su puesto, vino la novia y se lo llevó. Van rumbo a China en un vapor japonés. Radio P. L. S. Lowmont, California. Good bye!!»

«¡P. L. S.!», gritó Doña Tula en actitud de desmayo obligado. «T. L. S.». Los que se pelaron fueron ellos.

Días después la señora recibió una carta de los jóvenes fugitivos en que le decían:

«Perdón, mamita, por no haber seguido tus instrucciones. ¡Nos casamos en la iglesia de Lowmont, una capillita muy mona; tomamos el tren para este puerto y nos hemos embarcado rumbo a China. Ubaldo va como mesero de un camarote de 1.ª y yo como camarera de la 1.ª también. Cuando regresemos, esperamos tu perdón, sin golpes previos.»

Perla y Ubaldo.

La madre exhaló un suspiro muy hondo, salido de lo más apartado y lejano de las entrañas, y por sus ojos rodó una lágrima.

No lloro, díjose a sí misma, porque mis hijos me hayan desobedecido. ¡No! Lloro al ver que son tan animales, que habiendo una estación inalámbrica a bordo del buque en que se fueron, me hayan comunicado su fuga por correo, desdeñando los grandes adelantos de la ciencia moderna madre creadora del radio...

Los intérpretes

De Palos Bonchis vino, cruzando el Bravo, doña Oralia Cardorrosa, sabiendo que por acá andaba una familia amiga que había de ayudarla en sus necesidades y de darla la mano en aquello de entenderse con los yankees. Esa familia apellidada Pisarrecio, se reducía a la señora jefe de la casa, doña Consolación, y su hija Consuelo. Doña Oralia no podía menos de pensar que entre Consolación y Consuelo la consolarían en sus épocas difíciles.

Pero sucedió que las estimables Pisarrecios se habían dedicado, desde su llegada a estos mundos, a regentear un expendio de carnes compuestas y descompuestas que establecieron, y poco habían tratado con individuos que no fueran estrictamente de la raza. Así es que una y otra sólo sabían en aquello de speak english, unas cuantas palabrejas y frases de uso muy común.

En esas circunstancias les cayó doña Oralia que traía un poco de dinero para divertirse, gozar de la vida y volver al terruño, después de conocer estos mundos y sus muchos rodaderos.

Tras los abrazos, besos y cumplidos de la recepción, manifestó doña Oralia a la familia consoladora:

«Vengo a disfrutar unos días de las bellezas de este país y quiero que ustedes me sirvan de guías. No conozco nada, no sé nada, ni entiendo una palabra de eso del "verigueleo". Así es que como ustedes tienen tantos años de vivir aquí y deben hablar el inglés como unas americanas, estoy atenida a su ayuda».

«Oh, sí, Oralita, la serviremos en cuanto podamos», -respondió la señora Pisarrecio.

«Consuelito habla inglés como los de aquí. No le para la lengua cuando encuentra a un americano. Yo, aunque me esté mal el decirlo, no me callo tampoco».

En seguida se arreglaron los planes para paseos y distracciones.

Había transcurrido media hora de la llegada de doña Oralia cuando se presentó una ligera alteración en su salud. El mareo de abordo la atacaba de nuevo, y, como el mal progresara, la viajera pidió que le trajeran un médico que le recetara «cualquier cosa».

«Que sea americano "indicó la enferma". Para variar un poco».

La Consolación fue a la botica de la esquina y allí, con no pocos trabajos, hizo comprender que quería un facultativo, al cual se llamó. Poco más tarde llegaba el médico, quien, al ver a doña Oralia en el lecho del dolor, la interrogó con la frase de cajón:

«What is the matter with you?»

Consuelo se apresuró a traducir:

«Pregunta el doctor si viene su madre con usted».

Y luego, volviéndose al médico, le respondió:

«No, no come. Alón come».

El doctor, uno de esos individuos que hablan poquito spanish, exclama:

«Oh, mi saba... No come... mala stomach.

Después de un breve examen, afirmó el facultativo:

«The stomach is loaded».

Tradujo Consuelo la frase así:

«Que tiene usted enlodado el estómago».

«¿Enlodado? Pero ¿Cómo? ¿Cuándo? -manifestó asustada la señora-. No puede ser. Si no tengo nada. Únicamente este mareo y un poco de dolor de cabeza. Miss Carriage, la enfermera de a bordo, me dio unas pastillas muy buenas, pero se me acabaron ya».

«Miscarriage?» -preguntó el doctor asustado.

«Sí» -dijeron a dúo doña Consolación y Consuelo.

«Said Oralia that Miss Carriage...».

«Miscarriage! Too bad! Too bad!» -afirmó el facultativo.

Fuese al teléfono y llamó una ambulancia, enviando, en seguida, a la dama palobonchina al Hospital, a campanilla repicante. Lamentáronse profundamente las Pisarrecios de que tan pronto se hubiera enfermado, atacada de un grave mal, su pobre amiga, prometiéndose ir al siguiente día al Hospital para ver qué hacían con ella.

En junta de doctores, se acordó practicar una operación delicadísima a la enferma, que consistía, según parece, en rajarle la barriga de lado a lado y ponerle peritoneo nuevo, drenaje de patente y otras piezas de refacción. En vano doña Oralia gritaba y suplicaba que la dejaran y que no quería operarse sino en su casa. Los inflexibles sabios, ante la mesa de operaciones, afilaban los grandes alfanes. Por fin, en un momento de inspiración, la señora gritó:

«¡No tengo dinero! ¡No tengo dinero ni para pagar el Hospital!».

Uno o dos de los operadores que entendían la dulce lengua de Cervantes, informaron a sus colegas que iban a trabajar gratuitamente.

«No money... no money...» -repetían.

Se hizo, entonces, un verdadero reconocimiento de la enferma y se comprobó que nada tenía, pues hasta el mareo se le había pasado ya, sólo de ver los cuchillotes con que se trataba de henderla.

El médico de cabecera, el que la vio en casa de las Pisarrecio, dijo a la enferma por medio de los facultativos que hablaban español:

«Pero si usted ha dicho que iba a tener un baby anticipadamente»

«No, doctor, ¡qué bárbaro será usted! ¡Dizque a mi edad y sin esposo!»

«Pues ¿qué es eso de miscarriage?»

«Miss Carriage es la enfermera de a bordo...».

Rieron los médicos, de buena gana, ordenando se diera de baja a la enferma previo pago de los gastos de admisión, reconocimiento y equivocación.

En aquellos momentos llegaron doña Consolación y Consuelo. Al verlas, Oralia, hecha un mar de lágrimas, las abrazó, diciendo:

«Por poco me despedazan estos hombres... querían hacerme una operación...».

«¿Para el mareo?».

«¡No! Creían que iba a ser mamá...».

«¡Así son ellos! ¡Por sacar dinero!».

Se acordó el regreso a casa en un taxímetro. Subieron las tres y llegaron al hogar común.

«Dollar seventy-five» -indicó el chauffeur.

«No, is tu mucho, tu mucho...» -observó Consuelo.

«Oh sí, demasiado mucho» -agregó la mamá.

«This is a very good checker's car. Not a bad Checker's».

«Dice el señor -manifestó pálida de emoción Consuelo-, que anda usted pasando cheques malos, y eso es aquí muy peligroso.

«¡Cheques malos! Pero qué retehabladores son todos estos hombres, ¡caramba! No he pasado cheques ni buenos ni malos. Puro oro he gastado. ¡Oro americano! No se puede vivir aquí. Me largo ahora mismo...».

Aquella misma noche, en el tren del Sur, doña Oralia se marchó a Palos Bonchis renegando de la lengua viperina que tienen las gentes aquende el Bravo.

No hay que hablar en pocho

Alma Falluca, poetisa y financiera durante los días del zapatismo agudo en la tierra azteca, se vino a California cuando supo que su esposo era buscado con el simple objeto de sujetarlo a una ejecución sumaria, por ser más avanzador de los que conviene a un reivindicador. Con Alma llevó toda la familia a vivir libre de peligros y de malas tentaciones, pues malas las tenía a menudo Casimiro, es esposo, cuando veía algo susceptible de avance, y peores las tenía ella cuando veía a algún magnate de los de la nueva hornada, pasando en costoso automóvil y haciendo unas joyas que parecían arrancadas a pico de un depósito de cuarzo vitrificado.

Aquí todo se acabó, y llegó la calma, una calma relativa, pues Alma y los suyos mostraban una ansia infinita de elevarse, de ir a más, de dejar el erupto a tule de que habla el refrán y de convertirse en una familia de bien, gloria y prez de la alta sociedad. [...] quiere que se la llame, vino a hacerme un reclamo formidable.

«¿Por qué me interrogó? Ha puesto usted la proa a mi honorable esposo Casimiro, a mis hijas Amneris y Musseta y a mi hijo Radamés».

«Señora, no tengo el gusto de conocer a ninguno de esos personajes».

«Pues váyalos conociendo. Casimiro fue el que tomó Tequila cuando Carranza; Amneris era taquígrafa del General Juanito Barragna y Musseta mató a la amante de un novio suyo porque no le gusta que le anden "encuatando". En cuanto a Radamés, a pesar de su corta edad, cuatro abriles tiene el cuerpo cubierto de honrosas cicatrices, pues un día peleó con el gato reaccionario de un científico bribón y ambos quedaron arañados, Radamés y el gato».

«¡Primorosa familia!».

«Primorosa, sí señor; pero, además, yo soy literata, oradora, novelista, bailadora y alegre como unas pascuas. Todos los "papeles" americanos se han ocupado de nosotros y usted callado. ¿Qué, no somos dignos de una "historia" aunque sea chiquita?».

«Es que no sabía yo tales historias...»

«Bueno, pues ahora vengo a decirle que mi hija Amneris, que estaba estudiando para nodriza, se acaba de graduar».

«¿Graduar?».

«Sí, señor, de nodriza...».

«No sabía que se estudiara para eso...».

«En nuestra tierra, no. Claro. Allá no estudia para nada... Pero aquí, las nodrizas necesitan tener su graduación».

«Yo creía que lo que necesitaban tener era leche, y buena».

«No sabe usted lo que dice. Mi Amneris sabe ya dar baños de esponja, poner cataplasmas y sinapismos, enemas y pinceladas».

«¡Ah! Su hija entonces será una enfermera...».

«Una nodriza, señor, una nodriza, nurse en english».

«¡Ya entiendo!».

«Bueno, pues me le pone su historia, muy bonita, Amneris, y otra a Casimiro, diciendo que no es cierto que él sea el extranjero narizón que anda matando mujeres en las casas de "apartamentos". Una vieja muy chismosa de la vecindad, que no nos quiere porque somos high tone anda diciendo que mi pobre marido es el estrangulador, y eso le puede costar muy caro. ¿No lo cree usted?».

«Seguramente. Si le llegan a probar que él es, puede que lo ahorquen».

«Mejor me vuelvo a mi tierra para que lo fusilen. Es mejor morir de balazos que de ahorcazón».

«Allá usted verá».

«Bueno, me pone usted en su papel esas historias, pero que las lean nuestros amigos y a además lo vengo a invitar a usted a un baile con que celebro que mi hija es ya nodriza titulada. Si usted no "atiende" venimos todos y levantamos un hell».

Tuve que ir por temor al hell, procedimiento en que los «pochos» son unos maestros.

A la hora del concurso de «charlestón» un joven bailador, que había estado moviendo las piernas con una velocidad increíble sufrió un desmayo. Se llamaba él Lucas Peten, y es una de las joyas de la sociedad de Miss Alma Falluca.

Todo el mundo se apresuró a socorrer al accidentado, y un médico, amigo de la casa, al ver al enfermo, dijo:

«Es un desmayo de debilidad. Denle una poca de leche».

Al oír aquello, Alma empezó a gritar estentóreamente:

«Amneris, ven. Ven pronto. Aquí se necesita la nodriza».

Momentos después, la muchacha se presentaba con una alimentadora para enfermos, rebosante de leche.

Lucas, que había oído aquello, al ver al blanco líquido y recapacitando sobre lo que había escuchado, dijo:

«Si la leche es de vaca, bien la tomo; pero si es de nodriza, no pasaré ni una gota. Hace muchos que me despecharon».

Todo porque hay gentes que no pueden menos que hablar en pocho, y creen que nurse y nodriza son cosa igual.

Me salí volando de la casa de los Fallucas para venir a escribir esta bella historia, que Alma me recomendó.

Cómo hacer surprise-parties

Como se acerca el día del santo de la señora doña Lola Flores, ésta no quiso perder la oportunidad de ser agasajada y celebrada a la usanza de este país, del que se ha vuelto ferviente enamorada. Tanto, que quien le llame Lola, Dolores o Miss Flores sufrirá el bochorno de una reprimenda, pues se ha americanizado a tal grado, que hasta los nombres familiares los ha traducido literalmente, más o menos mal, a la lengua inglesa, corregida y aumentada. Su nombre, ahora, es Miss Pains Flowers; el de su esposo Ambrosio, Hungrious Flowers; el de sus hijas, Esperanza y Eva, «Hope and Iva». La perrita violeta se ha convertido en «Va-yo-let».

Pues bien, Doña Pains trató de que los novios de las muchachas, unos jóvenes americanos que encienden y apagan los faroles del alumbrado, la hicieran un surprise party, y habló así a sus hijas:

-Oye, Iva, se vería muy mal que mi birthday no tuviera una fiesta como las Odarte, las Reveles, las Parras y las Porras. Es necesario que insinúen ustedes a sus novios que me hagan un surprise de ésos que los americanos saben preparar.

-Pero, mamá, ¿cómo va a ser surprise si nosotras ya lo sabemos y tú también? -contestó Iva.

-¡Brutísima! ¿Y no podemos hacernos las desentendidas? ¿Procurar que ellos lo arreglen sin meternos nosotras?

-No tienen dinero, mamá. ¿Con qué hacen los gastos?

-¡Los gastos! ¿Qué gastos? Los sánwiches los ponemos nosotras; los vinos, nosotras; los cacahuates peanuts, nosotras; la jazz música, tu padre. Ellos sólo tienen que convidar a amigos y venir a la hora oportuna gritándome ¡olé! Hello! Hurray! ¡Bravo! Nada más. Yo me haré la sorprendida; ustedes también; tu padre mandará por la música, y al día siguiente los periódicos hablarán de la hermosa fiesta de la familia Flowers...

Las niñas Flowers, entre arrullo y arrullo, tuvieron que comprometer a Nick y a Edgard, sus novios, a que felicitaran a mother, acompañados de un bonche de amigos y amigas.

Doña Pains y sus hijas pasaron el día terrible haciendo sánwiches, ponches y caramelos, para ser sorprendidas, y la sala de la casa se arregló para la fiesta de sorpresa con lirios, jazmines, nardos y violetas. En una de las habitaciones más amplias se colocaron mesas para los regalos, que no fueron muchos ni muy exquisitos; pero la inventiva y el ingenio suplieron la falta de presentes. Cajas vacías, envueltas en papel de china y atadas con monísimos listones ostentaban los rumbosos nombres de altas personalidades.

En medio de aquellos preparativos surgió una duda aterradora. Hungrious, el jefe de la casa, no se presentaba para ponerlo al tanto de la sorpresa que iba a dársele y a fin de prepararlo a que se resignara a aflojar la mosca para la música. Las horas pasaban y el hombre no venía.

-¿Por qué? -preguntaba furiosa Miss Flowers-. ¿No se habrá dado cuenta mi husband de que hoy es mi onomástico?

-Andará buscando el regalito, mamá -respondió Hope.

-No lo creas, hija; esto me huele mal...

Se reunieron los chicos convocados por los novios de las niñas Flowers y las muchachas amigas, y se dispusieron a marchar hacia la residencia de la familia que debía recibir la sorpresa.

Hungrious Flowers llegó a casa; pero bien cargado de moonshine, y fue recibido muy poco amablemente por su cara mitad.

-Bribón, canalla, miserable, ¿a dónde has ido? ¿No sabes que es día de mi santo? ¿No sabes que estoy esperando que me sorprendan los novios de las niñas y sus amigas?

-Ni palabra...

Ambrosio se fue a la cama temiendo que a las palabras siguieran los golpes.

A eso de las nueve de la noche se presentó la turba bullanguera. Miss Pains dijo a las niñas:

-No conviene que salgamos así, de prisa, pues se creería que estamos esperando. Hay que mostrarnos azoradas de la manifestación.

Entretanto, a la puerta de la casa, menudeaban los hurras, los bravos, los olés y otros gritos y ruidos.

Don Ambrosio, que ya estaba un poco aliviado de la borrachera, se levantó e interrogó a la muchedumbre:

-¿Qué alboroto es ése? ¿De qué se trata?

-Venimos -dijo Edgard-, a felicitar a la señora por su día.

-¿A cuál señora?

-A la de usted, hombre. A Miss Pains Flowers.

-Pero, ¿es su día?

-¡Sí, hombre, sí!

Al oír aquello, la señora y chicas se precipitaron hacia la puerta, gritando a trío:

-¡Pero qué sorpresa tan grande! ¡Qué sorpresa! ¡Estamos sorprendidísimas! ¡No esperábamos tamaña sorpresa!

Fueron pasando a la sala los invitados; se les despojó de lo que traían como regalos, y Miss Pains llamó a su marido para decirle que enviara por una orquesta.

-Hija; pero si no es ahora tu santo... -respondió el cónyuge.

-¿Cómo no, majadero? ¿No es Viernes de Dolores?

-Cabal. Pero tú ya no te llamas Dolores, sino Pains, y por más que he buscado en el calendario «american», el Pains Friday no lo encuentro. Conque...

La señora se llevó de una oreja al amante esposo hacia el interior de la casa, en donde lo sujetó a quién sabe qué tormentos, pues él gritaba como un chivo...

Entretanto Va-yo-let, la perrita, había tomado por asalto la mesa de los regalos, deshaciendo los paquetes, que se mostraban fatídicamente vacíos a los ojos de los invitados...

Como no podía bailarse sin música, se acordó transferir el surprise-party para la pascua. Cuando don Ambrosio supo, por los mismos labios de su mujer, que la fiesta iba a ser en «Easter», como ella decía, dio un hondo suspiro de satisfacción, elevó los ojos al cielo y exclamó:

-¡Gracias a Dios! Siquiera ahora va a llamarse Esther mi mujer. «Easter», Esther... Ni duda... Más fácil de pronunciar que lo de Pains...

Las fiestas patrias

Cuando más se les echa de ver lo mexicano a algunos compatriotas, es cuando se acercan las fiestas patrias. En todo el año, ni por pienso se acuerdan de que, al otro lado del Bravo, tuvieron su cuna. Lejos de ello, cuando se quieren «agarrar» una buena «chanza», lo primero que dicen es que no son mexican... Al diablo con los mexican... Pero no se lleguen los primeros días de septiembre, y haya en lontananza bailecitos, rigodeos y demás, porque, entonces, sí: «¡Mexicanos, al grito de guerra!». Y aunque hayan pedido los primeros «papeles» y los segundos, y todos los papeles, se declaran «retemexicanos», mexicanos en grado sumo, ultramexicanos...

Y es que, como quieren andar de fiesta, sea para lucir la figura o para algo más positivo, se mexicanizan pro tempore, después de haberse desmexicanizado sabe Dios cuántas veces.

¿Cómo ha de ser posible que en el «baile del 16» no se les vea con más florones que un toro banderillado, andando de aquí para allá, dando órdenes a pulmón «batiente» y dándose un taco que ni el Zar de todas las Rusias cuando estaba en el candelero? ¡No puede ser!

Pero si les rascamos un poquillo, bajo los florones tricolores, no hay ni pizca de amor a la Patria. Sólo deseos de divertirse y deseos de ostentación.

That is all!

De aquí que sea difícil unir a esos elementos... No hay quien quiera ocupar sino el primer lugar, el más alto, el que traiga aparejados más relumbrones y más exhibicionismo, y, como no es posible que toda la baraja se vuelva ases, se hace necesario que sean muchas las fiestas y no una sola, para que haya mesas decorativas a montón, florones por centenares y cintajos a granel.

En un pueblo de cuyo nombre no puedo acordarme, porque tengo una memoria fragilísima, uno de los clubs mexicanos celebraba junta, para acordar los festejos que debían hacerse el día de la Patria. Los miembros de la Corporación, que sólo iban a las sesiones cada venida de Obispo, se hallaban todos, con la elocuencia a flor de labio, lista para desbordarse cuando el caso lo requiriera.

Previas las tramitaciones de estilo, y traído el punto a discusión, principiaron a presentarse los más extraordinarios proyectos. -Propongo -dijo alguno-, que en los programas se ponga el retrato de Hidalgo...

-¿Y para qué... ¡El retrato de Hidalgo! esas son tonterías... ¡Al cabo, los americanos ni lo conocieron! ¡Eso no trae gente! Vamos gastando mejor ese dinero en poner los retratos de la mesa directiva y el de las muchachas que van a cantar el «higno».

-«Asegundo» la proposición de este señor -añadió otro socio. Y se acordó que, en lugar de la efigie del Cura de Dolores, fuese en los programas un cuadro muy «mono» con los retratos de los funcionarios de la mesa directiva.

En seguida, habló el Presidente:

-Hermanos: Necesitamos presentarnos decorosamente ante el público en general, y los amigos en particular, el día del baile. No podemos prescindir de ello por dignidad nacional. ¿Qué dirán las naciones extranjeras? Así es que propongo a ustedes, amados hermanos, que se hagan para la Mesa Directiva, collares especiales, distintivos vistosos y florones artísticos.

-¿Es -respondió uno de los que no eran de la «Mesa»- que los demás no vamos a llevar «ni agua»?

-Sí, señor. ¿Cómo no han de llevar? La comisión de obsequio: florones y bandas azules; la de «piso»: collar y gualdrapa roja; y la de orden: un cetro, o sea macana, adornado con cintas de los colores nacionales y con una inscripción de oro que diga «Remember the dance».

Un aplauso estrepitoso se dejó oír entre aclamaciones delirantes al Presidente que hubo ideado tan hermoso proyecto de distintivos.

Pero cuando el Presidente los mandó confeccionar, hizo el encargo especial de que todos los colgajos que él debiera llevar serían anchos, grandes, con fleco de oro, con unos letreros muy vistosos y con cascabeles; medianejos para la Directiva, y, para los demás, distintivos baratones y «feyotes».

La noche de la fiesta, la Mesa Directiva se doblegaba al peso de las condecoraciones, listones, rosetas, florones, collares y campanas. El presidente era el más enchamarrado, y su altiva testa surgía de un mar de cintas y listones verdes, blancos y rojos.

Como un pavo real, paseó sus listones por el inmenso salón de baile durante toda la noche, y, cuando la aurora vino a decirle que aquello iba a concluir, sintió una nostalgia inmensa: la nostalgia de los relumbrones.

***

Días después, se presentó la cuenta de gastos, que fue, poco o más o menos: música, $ 34.00; salón, $ 40.00; vinos, $ 60.00; distintivos, $ 119.89...

La cuenta fue aprobada, previa la protesta de algunos socios, porque les habían tocado distintivos sin campanas y sin fleco de oro.

***

Yo ya me traigo mi proyecto para el año entrante, a fin de que todo el mundo esté conmigo, y se deje venir esa unión de que tanto se ha hablado.

Todas las comisiones vestirán trajes de luces, de distintos colores, predominando los más chillantes; al Presidente, que seguro seré yo, lo vestiremos de colorado con incrustaciones de oro y con mitra, y los distintivos para toda la concurrencia (¡Vaya unos distintivos!) serán luminosos detonantes. Cada vez que la escena requiera, se encenderán y producirán disparos, y así todo el mundo estará contento, las comisiones se sentirán orgullosas y el Presidente no se confundirá con otro alguno de los circunstantes...

En cuanto al Cura de Dolores, hay que convenir en que, si lo hacemos figurar en las fiestas patrias (?), su blanca figura, radiante y luminosa, puede opacar relumbrones y cintajos. Así es que... mejor no lo tomamos en cuenta y que... ¡Viva México! mientras cae una «chanza» para decir, cuando mucho, que somos spanish...